

CRONICA MENOR DE UN GRAN CENTENARIO

POR

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Como complemento de la aportación cultural que supone este número de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS en torno a la figura de Rubén Darío, se me pide que asuma la misión de cronista del acontecimiento, toda vez que participé del honor y de la alegría de las fiestas que Nicaragua arquitecturó en memoria del más preclaro de sus hijos.

Fue, ciertamente, ocasión de fiesta grande y de júbilo para el corazón, ya que a la llamada del Gobierno nicaragüense acudieron de los cuatro puntos cardinales figuras eminentes.

La conmemoración tuvo dos vertientes: una, doctoral y académica, y otra, anchurosa y popular. La primera se centró, de una parte, en un Congreso de Academias Centroamericanas de la Lengua, presidido por el director de la Academia Nicaragüense, don Pablo Antonio Cuadra. Se presentaron al Congreso importantes ponencias y participó en él, además, el académico español don Julio Palacios, prestigioso científico especializado en el vocabulario técnico de nuestro idioma.

Dentro de este plano doctoral hay que hacer una referencia a los actos desarrollados por las dos universidades del país: la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, que tiene su sede principal en León (y que puso la primera piedra de su nueva Ciudad Universitaria, llamada Rubén Darío), y la Universidad Centroamericana, dirigida por los Padres Jesuitas, que inauguró en su «campus» un nuevo edificio bajo el patrocinio también de Rubén Darío.

Desde el punto de vista cultural, resultó de especial trascendencia el Simposio Dariano que se celebró en la Universidad de León, de Nicaragua, bajo la presidencia del rector Tünnermann y del ministro de Educación, señor Sansón Terán, y que se abrió con una conferencia del erudito español don Dionisio Gamallo Fierros, participando luego en el debate numerosos intelectuales nicaragüenses y extranjeros. En este debate quedó de manifiesto la vigencia de la problemática rubeniana que, ciertamente, el centenario ha venido a confirmar.

Como adhesión al homenaje de estos CUADERNOS HISPANOAMERI-

CANOS, van estas crónicas volanderas escritas en la ocasión festival, en la noble tierra de Nicaragua.

PRIMER FRUTO DEL CENTENARIO

Nicaragua se ha puesto traje de fiesta para conmemorar el más preclaro de sus hijos. Ha recabado para sí, por unos breves días, esa difusa capitalidad del mundo hispánico, que asume, por derecho propio, la poesía de Rubén. Por algo Darío vivió su mocedad en las diferentes Repúblicas del centro de América, recorrió la mayor parte de las del Sur, residió en Chile y en la República Argentina, recaló en París, visitó Italia y vivió largamente en España; fue, pues, un paradigma de universalidad con su vida tanto como con su obra.

Significativamente, la Comisión Nacional del Centenario ha querido concentrar bajo «el nicaragüense sol de encendidos oros» representaciones intelectuales de cuantos países fueron rozados por el ala del poeta, por su presencia o por su verso. Un centenar de figuras ilustres se albergan en los hoteles de la ciudad, embanderada de día, iluminada por la noche, que monta la guardia delante del monumento rubeniano entre la plaza y el lago. Argentinos, como Raimundo Lida o Enrique Anderson Imbert; mejicanos, como Jaime Torres Bodet o Francisco Monteverde; franceses, como Charles Aubrun o René Durand; italianos, como Francesco Tentori u Oreste Macri; representantes de las cinco academias centroamericanas y una copiosa representación chilena; un embajador peruano de la calidad de Luis Alberto Sánchez, y una presencia española en la que figuran Julio Palacios, Luis Rosales, Joaquín Calvo Sotelo, Dionisio Gamallo Fierros, Fernando Quiñones y este cronista.

El primer sentido de esta asamblea ecuménica se nos ha dado en los primeros días de la celebración rubendariana con dos asambleas en las que ha quedado constituida la Federación de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá. Se trata de un proyecto largamente madurado, al socaire de una vieja aspiración hacia la unidad del istmo, de eso que Neruda ha llamado «la garganta pastoral de América» y que sólo muy recientemente ha empezado a encontrar sus cauces económicos con la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), que tiene una unidad financiera—el Banco Centroamericano, con sede en Tegucigalpa—y de la que esperan resultados ciertos en orden a la promoción de riqueza en estos territorios, tan menesterosos de dinamizar y de unificar sus evidentes pero dispersos recursos naturales.

Paralelamente, a propuesta de la Academia Nicaragüense de la

Lengua, que preside un escritor de la talla de Pablo Antonio Cuadra, ha empezado a elaborarse un plan de trabajo conjunto en el plano lingüístico-cultural, empezando por una edición de un Diccionario de Modismos Centroamericanos y terminando por una empresa de intercomunicación de los productos literarios de los seis países.

El nombre de Rubén ha sido aquí el gran aglutinador, y las diversas academias, sin perder su tradicional independencia, se aprestan a colaborar en la tarea común. Todos los signos les son favorables.

El primer fruto de la celebración dariana está aquí. Cuenta, para su mejor eficacia, con los dos elementos de fusión anteriormente puestos en órbita. Los Congresos de Academias, celebrados ya en Méjico, Bogotá, Madrid y Buenos Aires, y la Oficina de Información del Español (OFINES), que ya está funcionando en el Instituto de Cultura Hispánica.

Los discursos han sido resonantes, y las menciones de la lengua común, como vehículos de unidad, ciertamente magníficos. Buen principio, a la sombra de Rubén, el de la «Salutación del optimista».

PEREGRINACIÓN A METAPA

La conmemoración dariana ha sido organizada, a mi juicio sagazmente, repartiendo la vertiente investigadora—a cargo de los intelectuales y académicos llegados de las dos Américas y de Europa—y la proyección popular en espectáculos masivos en los que el pueblo participa. Ya he explicado que en este país Rubén es un niño colectivo, una institución popular, más importante por cuanto Nicaragua no se jacta de héroes militares. Darío está en la calle, y en la estrofa de la copla cantanda, y en la frase cotidiana. Como todos los genios—bien significativamente—, posee diversos niveles de acceso, y bien podría decirse que hay un Rubén para cada grado de captación popular. Para los que no alcancen ni al más humilde, queda flotando ese aire mítico, como de santoral laico, que queda colgando en la atmósfera del vivir cotidiano.

Así era el pueblo entero, bajo el sol del trópico, en mangas de camisa, el que en el lugar del nacimiento de Rubén—hoy hace exactamente cien años—contemplaba, regocijado el corazón, el desfile de gentes distantes, llegadas desde todos los ángulos del mundo a la pequeña aldea socarrada bajo el cielo tirante, de un azul lavado.

Chocoyos, luego Metapa, finalmente Ciudad Darío—puesto que éste es su tercer nombre—se encuentra a medio aire entre la tierra llana, junto a los lagos, y el altiplano. Son campos que decora el

jícara y el jocote y que ahora —en una nueva y feraz experiencia— se nieva largamente con el algodón.

Tienen las casas esa «aireación» que, fuera del trópico, sería casi la intemperie. Los techos son de madera o de palmito, con aberturas horizontales por las que el aire circula. Esa ha sido durante siglos la defensa obligada contra un clima de dureza cálida, que sólo en estos días conmemorativos —venturosamente para nosotros— alcanza un nivel respirable. Las casas son, pues, espaciosas, de planta cuadrada, con gran espacio abierto en el que se trazan, con cortinas de tela, las recámaras de la intimidad. El mobiliario, muy escueto, con hamacas en vez de camas o —cuando la casa es de cierta consideración— un ancho catre con cobertor de cuero. No falta la alcándara de donde colgar la silla del caballo y el cabezal, que todavía conserva el castizo nombre árabe-andaluz de jáquima. No oculto con todo esto la sencillez insigne del lugar o de la casa, aun cuando con bravo esfuerzo los vecinos de Metapa han repintado sus casas con esos colores intensos —el reverso de nuestro blanco mediterráneo— en los que el amarillo agrio, el rojo siena, el verde oscuro, agravan la intensidad cromática de los bananos y las palmas que rebosan de los patios interiores, como grandes tiestos de exuberancia incontenible.

Ciudad Darío quema sus cohetes, pende papel rizado por las calles, iza banderas, acude a ver el nuevo monumento —éste mucho más bello que el de Managua—, se siente invadido por miles de personas. Ciudad Darío cobra por un momento calidad de capital del mundo hispánico.

Todo por esa breve anécdota, por este pequeño suceso de historia chica. Porque doña Rosita Sarmiento, la mocita morena de ojos negros y brillantes, por disensiones domésticas con su esposo, don Manuel García, había recalado en la casa que en Metapa tenía su tía —que la adoraba— doña Bernarda, la esposa del coronel Ramírez, quien pocos días después llevó a caballo a la madre y al niño a la ciudad de León. El niño —anota un cronista— iba «en una petaca de estera, como Moisés sobre las aguas del Nilo». No entraba en la ciudad de León, sino en la historia.

LAS CAMPANAS DE LEÓN

¡Cómo cantan las campanas de León, de Nicaragua! ¡Las de la Merced, las de San Felipe, las de San Juan, las de la Recolectión, las de El Calvario! ¡Cómo voltean, locas, en las torres robustas de la gran catedral basilica de cinco naves, anunciando que están en fiesta!

La ciudad de Santiago de los Caballeros de León, de Nicaragua, se

sostiene de cuatro siglos de historia capitalicia, rival de Granada en la noble ostentación de sus edificios. Si Granada sobre el gran lago, León se asienta en las cercanías del gran mar Pacífico, donde las playas son de oro. No cede a nadie en primacía.

Mucho menos en esta conmemoración rubendariana. Si Metapa es la cuna real del poeta, León es la pila bautismal, y el escenario de la primera infancia, y los primeros versos, que providencialmente han sido encontrados en estos días en un cuaderno de adolescencia, cuidadosamente caligrafiado por Rubén, y que ahora la ciudad nos ofrece en una preciosa edición facsímil.

Ahí está, convertida en casa-museo, la mansión de doña Bernarda, la esposa del coronel Ramírez, tan afectivamente ligada al niño poeta que firmaba por entonces «Félix Rubén Ramírez». Es una casa amplia, hermosa, bien enjalbegada, en la que se reúnen preciosos documentos iconográficos del poeta-niño. Diré, de paso, que el Centenario de Darío en Nicaragua viene flanqueado por una impresionante contribución bibliográfica que transforma, especialmente en lo biográfico, la documentación que hasta ahora se tenía. La edición facsimilar que digo, acompañada de una edición crítica a cargo de Fidel Coloma, es trascendental para el estudio de la prehistoria poética de Rubén. Son textos fechados en 1881, cuando el poeta tenía catorce años, cuando Darío, después de aprender las primeras letras con una vecina de su casa, la señorita Jacoba Tellería, y en la escuela que estaba en la esquina frontera a cargo de don Jerónimo Ramírez, pasó a la que regentaba el maestro Felipe Ibarra, y ya asombraba a todos con su poder de repentización. Era, como se sabe, el «niño-prodigio» de la poesía, lector voracísimo y, según recuerda un testigo, amigo de improvisar sonetos musicales con un acordeón y de leer versos en voz alta, datos interesantes ambos para valorar los aspectos sensoriales de su futura creación poética. Era un niño travieso. Gustaba de representar pequeños monólogos, disfrazándose con las botas y el sable del tío-abuelo, el coronel Ramírez.

León tenía ya entonces una gran tradición intelectual y se había fundado una revista literaria, *El ensayo* (1880), adonde llevó el poeta-niño unos versos, firmados con el anagrama de su nombre Bruno Er-dia y titulados «Desengaño», melancólica visión de la muerte, en el crepúsculo. Mas pasmo produce la carga mental que este niño soporta al leer unos versos escritos a la memoria del gran patricio Máximo Jerez: «¿Será verdad? No lo sé / Mi arpa humilde llora y gime, / ¡Oh, discípulo sublime / de Augusto Comte y Littré!... O los que dedica a don Pablo Buitrago, al que le dice: «¡Salud, salud, oh noble

girondino | de la Gironda audaz del pensamiento!» De su fama se hizo eco todo León y de allí saltó a la capital, Managua, y al mundo.

El regreso final fue a León. Allí, en la catedral de cinco naves, junto a un león que llora, está su tumba. Hemos ido a postrarnos ante ella. Mientras, voltean locas las campanas de toda la ciudad.

¿Tocan a muerto? Tocan a vida.

... Y CON MARGARITA DEBAYLE

Hoy las fiestas del Centenario se han proyectado a las calles de Managua. Un desfile de carrozas ha conducido a un delicioso cortejo, donde las sedas y los lirios, los cisnes y las liras, las saetas de Diana y la espada de Belona, las «púberes canéforas» que amaba Rubén, en suma, han hecho visible y plástica la belleza extraordinaria de la mujer nicaragüense.

Coronaba el desfile, en especial carroza, una dama sonriente, de bella prestancia, todavía de arrogante figura: Margarita Debayle. Sí, habéis leído bien: la Margarita del cuento de Darío. «Margarita, está linda la mar...»

La cosa sucedió hace sesenta años. Era una niña dulce y blonda, hija del gran amigo de Rubén, el doctor Debayle. Tenía ocho años la dulce criatura. Y Darío pasaba una temporada en casa de su padre, en la finca que tenía en la isla del Cardón, frente al puerto nicaragüense de Corinto, en la ribera del Pacífico.

Margarita Debayle sigue —a sus sesenta y tantos años— siendo una mujer muy atractiva, muy cultivada, de extraordinaria gentileza. A mí me ha emocionado conocerla, estrechar su mano, hacerle la pregunta que todos le hacen:

Rubén pasaba una temporada con nosotros en el Cardón. Era muy tierno y cariñoso. Adoraba a los niños y le gustaba hablar con ellos. Un día le pedí que me escribiera un cuento. Allí mismo improvisó la poesía y luego me la copió en un cuaderno que mandamos comprar en Corinto.

Margarita Debayle sonríe radiante de la universalidad que ha conquistado su nombre en la dedicatoria del poeta. Fue ella la primera en ver con sus ojos de niña, por la magia del verso, «el quiosco de malaquita», el «gran manto de tisú», sin olvidar a los «cuatrocientos elefantes a la orilla del mar». Debí de sentirse raptada a ser la princesa del cuento, a la que se le ofrecía, en síntesis maravillosa, «rosa, verso, pluma y flor».